FLOR DE LOS CIELOS,

balada lírico-dramática en verso,

ORIGINAL

DE DON NARCISO SERRA,

MÚSICA DE LA SEÑORITA

DOÑA SOLEDAD DE BENGOECHEA.

Representada en el teatro de la Zarzuela
el 5 de Abril de 1874.

MADRID,
IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ GARCÍA,
CALLE DE SEGOVIA, NÚMERO 26.

1874

FLOR DE LOS CIELOS,

balada lírico-dramática en verso,

ORIGINAL

DE DON NARCISO SERRA,

MÚSICA DE LA SEÑORITA

DOÑA SOLEDAD DE BENGOECHEA.

Representada en el teatro de la Zarzuela
el 5 de Abril de 1874.

MADRID,
IMPRENTA DE EDUARDO MARTINEZ GARCÍA,
CALLE DE SEGOVIA, NÚMERO 26.

1874

AL SEÑOR COMANDANTE

D. RAFAEL DE ARAUJO.

Va á tí, Rafael querido,
mi balada dedicada;
(¡haga la Vírgen Sagrada,
no haya salido *balido*
en vez de salir *balada!*)

Narciso Serra.

PERSONAJES. — ACTORES.

PERSONAJES.	ACTORES.
FLOR	*Srta. Velasco.*
SIMON	*Sr. Loitia.*
DANIEL.	*Dalmau.*
FERMIN.	*Hidalgo.*

Época de fines del siglo XVIII.

El traje de Flor blanco, el cabello en bucles, lo más poético posible.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de Simon con piano abierto, un violoncelo, una mesa con pecera encima, sillas, etc., puerta de entrada á la derecha del actor, á la izquierda dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

DANIEL, SIMON, dando leccion de violoncelo.

MÚSICA.

SIMON. (Cogiendo el violoncelo á Daniel.)
No señor, esto es así:
tran laran ranlan laran lon. (Cantando lo que toca.)
DANIEL. Tran laranlan laran lan.
SIMON. (Cogiendo el violoncelo.)
No es así tampoco.
DANIEL. ¡No!
¿Pues cómo ha de ser?
SIMON. No hay vida.
DANIEL. ¿Qué no hay vida?
SIMON. No hay calor.
La música es necesario
que llegue hasta el corazon,
y esa no se acerca al pecho
á tiro de obús.
DANIEL. ¿Que no?
SIMON. De ese arte divino
los tiernos acentos,
rasgando los vientos
hasta el cielo van,

y el alma los oye
de amor arrobada,
como enamorada
dama de un galan.
La clara luz del dia,
las sombras de la noche,
los temores del miedo,
los éxtasis de amor,
todo se pone en música
y todo se dibuja,
y todo se comprende
con rara perfeccion.

DANIEL. Pues otra vez empiezo. (Tocando.)
¿Así?

SIMON. No, no,
más sentimiento,
más expresion.

DANIEL. ¿Cómo ha de ser? Por más que á el cielo invoco,
yo siento mucho, pero toco poco.

DUO.

SIMON. Esa romanza divina
se toca sola por sí,
y debes de ser tocándola
muy feliz.

DANIEL. Esta romanza es difícil,
muy difícil para mí,
y no seré yo tocándola
muy feliz.
Esta romanza de amores
sólo el amor la inspiró,
no sé por qué ha de perder
interpretándola yo.

HABLADO.

SIMON. No es así.

DANIEL. ¿Pues cómo es?

SIMON. Debe el arco resbalar

por las cuerdas suavemente,
ménos fuerte... así tal cual.
El poseer un instrumento
no es sólo hacerle sonar,
es necesario sentir
lo que se toca... muy mal.
Sentimiento en esa frase
y más despacio hasta el *la*,
así, eso es, eso es,
vamos, estás regular.
Basta de leccion por hoy.
Es cosa particular,
pero lo he soñado yo
ó tocabas bien, asaz,
bien el suspiro de Aubert (1)
con tal precision y tal
sentimiento, que yo mismo
te desconocia.

DANIEL. ¡Ah!
Es que ese suspiro gusta
mucho y hace suspirar
á cierta persona que...
yo la quiero tanto, es tan...

SIMON. Sí, vamos, es el amor
quien toca por tí.

DANIEL. Pues.

SIMON. Ya.
Esa música es sublime,
parece que su compás
en enamorado sueño
nuestras ideas están
columpiándose en jardines
imaginarios. ¿Querrás
creer que no puedo tocarla
sin conmoverme y llorar?
Luégo Flor es entusiasta
por ella, mas le hace mal.

---

(1) Esta cancion es imaginaria: la he titulado *El Suspiro*, como podia haberla titulado otra cosa.

Cierta noche que vencido
por sus ruegos á tocar
me puse, Flor me escuchaba
con un placer sin igual;
pero de repente entorna
los ojos, y el resplandar
del sillon que la contuvo,
que si no al suelo se vá
con una crísis nerviosa
atroz; desde entónces, ya
me lo ha prevenido el médico,
nada de música, y más
siendo música tan triste;
no quiero perderla. ¡Ah!
Ella es el sólo consuelo
que tiene mi ancianidad,
ella es mi vida, mi aliento,
toda mi felicidad:
por ella sólo trabajo
porque ella fuerzas me dá;
sin ella todo me sobra
y está tan endeble y tan
delicada, que recelo
que... que se me va á marchar,
que se va á morir. ¡Dios mio!
Si ella se muere...

DANIEL. No tal,
es muy jóven.

SIMON. Sí, es muy jóven,
pero no importa la edad;
tiene el alma enferma, tiene
tanta percepcion y tal
sentimiento, que la rinde,
¡oh! yo la he visto llorar
amargamente porque
veia un mustio rosal
exclamando: ¡pobres rosas,
Dios sabe donde estarán!
Mil veces llorar la he visto
viendo la luna brillar,

y siguiendo sus miradas
que parece que se van
á perder en el vacío,
me extremecí de pesar.
No escucha una historia triste
sin verter llanto, y dará
cuanta sangre hay en sus venas
por la santa caridad.
Viviendo su madre aun
habitábamos en la
aldea y todos al verla
hermosa y cándida al par,
Flor de los cielos, tan sólo
la llamaban, ¡ojalá
que se conserve esa flor.

DANIEL. Sí que se conservará.
¿Aquí qué la falta? Nada,
se la deja en libertad
para que salga y que entre
y puede salir y entrar.
Va á la iglesia, escucha el órgano,
que es tan majestuoso y tan...
y viene aquí y tambien tiene
música.

SIMON. Y ahí está su mal;
la música le hace daño,
y si la ha de atormentar,
de mi profesion reniego,
no enseño una nota más.

DANIEL. ¿Es posible? ¿Usté, maestro?
¿Posible es que diga tal?
Usted raya donde nadie
en el arte de enseñar,
ó dígalo yo, que soy
más duro que un pedernal,
pues ya toco ciertas cosas
así, así, ¿no es verdad?
Y oyendo tocar á usted
no sé qué siento, me dan
unos impulsos... así,

como que me siento mal
y me siento bien, muy bien,
pero la expresion y la...
en fin, tiene usted la cuerda
de mi sensibilidad.
Y no me extraña que Flor,
porque como Flor es tan...
tan sensible y tan hermosa...
bien hicieron en llamar
á esa Flor *Flor de los cielos;*
sólo en los cielos habrá
un alma como la suya
y un rostro tan bello. ¡Ah! (Suspirando).

SIMON. ¿Tú la quieres mucho?

DANIEL. ¿Si
la quiero? (Con vehemencia.)

SIMON. Y es natural;
os habeis criado juntos
en esa feliz edad
en que la afeccion es pura
y no se olvida jamas.

ESCENA II.

SIMON, DANIEL, FLOR con una jarra de agua.

FLOR. Buenos dias, padre.

SIMON. Tenlos
muy felices, ven acá,
dame un abrazo. ¡Qué hermosa!
¿A qué vienes?

FLOR. A mudar
el agua á mi pez.

SIMON. ¡Ah! Sí,
á tu pez, pero tú estás
muy pálida, tienes fiebre.
¿Qué sientes?

FLOR. Yo, nada.

SIMON. ¡Bah!
Tú tienes algo, ¿qué es ello?

No me lo quieras negar.

FLOR. Presentimientos, ideas
que se vienen y se van,
pensamientos negros, voces
que me gritan sin cesar,
fuego que me hiela, hielo
que me enciende, y sin mirar,
clavados en el vacío
viendo mis ojos están
un círculo y otro círculo,
y otro, y otro sin parar.

SIMON. Pues esas son tonterías,
tonterías nada más.
¿Qué causa, qué causa tienes,
qué motivos para estar
triste?

FLOR. Ninguno. ¡Ay Dios mio! (Yendo á la pecera.)
Está muerto.

SIMON. ¿Cómo?

FLOR. Está
muerto.

SIMON. ¿Pero quién se ha muerto?

FLOR. Mi pez.

DANIEL. ¿Sí? ¡Pobre animal!
Está panza arriba.

FLOR. ¡Muerto!
Ahora no vendrá más
casi á besarme las manos
por una miga de pan.

SIMON. Pero no llores, muchacha,
quien te le dió te dará
un estanque si es preciso.
¡Ir por tan poco á llorar!
Ya te dará otro Fermin,
tu Fermin, Fermin que está
ahora en su pueblo, y ya tarda,
porque hace ya un mes ó más...
Ea, adios.

FLOR. ¿Se va usted?

SIMON. Sí,

que es tarde.

FLOR. Y sin almorzar,
y ahora que queria yo
pedir á usté un favor.

SIMON. ¿Cuál?

FLOR. Que tocara usté el *suspiro*
de Aubert.

SIMON. ¡Vuelta á suspirar!
No señora, no le toco.

FLOR. ¡Es tan lindo!

SIMON. Te hace mal,
todo tu cuerpo se pone...

FLOR. Pero el alma goza.

SIMON. Ya
el alma... el alma... y es tarde;
eh, no me detengo más,
tengo que ir á dar leccion
á la duquesa, que está
casi enfrente, y ya es hora,
no lo puedo demorar;
adios, niña, adios, Daniel.

FLOR. Que Dios os guarde.

DANIEL. Id en paz.

ESCENA III.

FLOR, DANIEL.

DANIEL. ¿Vuelta á llorar otra vez?

FLOR. Qué quieres, Daniel.

DANIEL. ¡Señor,
demostrar tanto dolor
porque te se ha muerto un pez!

FLOR. Es que era más que pez, era
un consuelo en mi dolor,
es que era mi consultor.

DANIEL. No entiendo de qué manera.

FLOR. Si, cuando hácia mí venia
luciendo en forma galana
su cuerpo de oro y de grana

me pasaba una alegría.
Cuando hundiendo la cabeza
enturbiaba el agua clara
sin que nadie lo estorbara,
me pasaba una tristeza
y era recuerdo...

DANIEL. Sí, de
Fermin, que al pueblo marchó.
¿No ha vuelto del pueblo?

FLOR. No.

DANIEL. ¿Y qué hace allí?

FLOR. No lo sé;
pero vendrá, el corazon
me está diciendo que viene.

DANIEL. ¿Sí? Pues me alegro, que tiene
que hacer una comision
por mí.

FLOR. ¿Por tí?

DANIEL. Ya se vé,
porque yo... yo no me atrevo,
y á él, que en eso no es nuevo
le debe ser fácil.

FLOR. ¿Qué?

DANIEL. El decir á una persona
lo que yo siento por ella.

FLOR. ¿Y no puedes tú?

DANIEL. ¡Es tan bella!

FLOR. ¿Tú no puedes?

DANIEL. ¡Es tan mona!
Que temo al cabo y al fin
su desprecio, y que despues...

FLOR. ¿Es una mujer?

DANIEL. No, es
un ángel, un serafin
y tú la conoces.

FLOR. ¿Yo?
A Fermin reemplazaré
si me lo dices.

DANIEL. Es que...

FLOR. Vamos, ¿me lo dices?

DANIEL. No,
no tengo valor.
FLOR. ¿Valor?
¿Valor necesitas?
DANIEL. Pues.
FLOR. ¿Luego el ángel tuyo es
ángel exterminador?
DANIEL. Al contrario, en sus miradas
se bebe vida y dulzura,
y el alma se queda oscura
en viéndolas apartadas.
Es sol que con su arrebol
todo lo alumbra y recrea.
¡Ay! No quiera Dios que vea
nublado nunca ese sol.
FLOR. ¿Y por qué se ha de nublar?
¿Porque digas que la quieres?
DANIEL. Justo.
FLOR. A todas las mujeres
les agrada el agradar;
díselo, y aunque ella no
te corresponda, sabrá
lo que tú la quieres.
DANIEL. ¡Ah!
FLOR. ¿Y la quieres mucho?
DANIEL. ¡Oh!
Ausente de ella suspiro,
verla tan sólo deseo,
y me parece que veo
el cielo cuando la miro.
Me da temor y alegría,
ventura al par que dolor;
la amo tanto, que mi amor
no cabe en el alma mia.
FLOR. ¿Y hace mucho tiempo?
DANIEL. Sí,
muchos años há la amaba;
yo mismo no me explicaba
lo que pasaba por mí.
Creció junto á mí tan pura

y con tanta gentileza,
que tan sólo su pureza
es igual á su hermosura.
Crecia, y cuando crecia
ese ángel, al fin mujer,
yo sentia que mi sér
en su sér se confundia.
Sentia un ánsia, un temor
inmenso, un placer prolijo,
hasta que el corazon dijo:
eso es amor, es amor.
Y amé con pasion tan loca,
que á pintarte mi pasion
no hay fuerza en el corazon
ni palabras en la boca.
El temor mis labios sella
y no me declaro, no.

FLOR. Pero ¿por qué?

DANIEL. Porque yo,
yo soy muy poco para ella.

FLOR. ¿Alguna princesa es?
¿Tan alta está su persona?

DANIEL. Merecia una corona;
pero no la tiene.

FLOR. Pues
díselo, yo te lo ruego.

DANIEL. ¿Tú me lo ruegas?

FLOR. Sí, yo...

DANIEL. ¿Y no te enfadarás?

FLOR. No.

DANIEL. Es que no tengamos luégo...
por vida de Belcebú,
siento en el pecho una pena
que el corazon me envenena,
la que yo quiero eres tú.

MÚSICA.

DANIEL. Idolatrada prenda
del alma mia,

oye el eco que amante
mi amor te envia.

FLOR. ¡Calla!...

DANIEL. No he de callar,
que tú misma hace poco
me mandabas hablar.
Mira, blanco lucero,
todo lo que te quiero;
mira, rosa temprana,
cuánto mi amor se afana,
y si es que algo te mueve mi pasion,
dale á mi corazon tu corazon.

FLOR. ¿Y si ves en mis ojos
que tu amor me da enojos?
¿Y si sabes con miedo,
que aunque quiera, no puedo,
aunque el alma moviera tu pasion
dar á tu corazon mi corazon?

DANIEL. Escúchame, bien mio:
yo viviré tu amante,
siendo tu humilde esclavo
cada hora, cada instante.
No tendrás pensamiento,
idea no tendrás
que yo no sepa, intrépido,
al punto realizar,
y hasta los que tengas, los más escondidos
sabré prontamente realizarlos yo,
sin costarme mucho el adivinarlos,
que gran adivino es el Dios amor.

FLOR. Cálmate, Daniel, cálmate,
y ese tu afan serena,
cálmate, si no quieres
verme morir de pena.
¿Que soy tu pensamiento?
Lo creo, ¿quieres más?
Que puedas mis ideas
al punto realizar.
¡Ah, si yo pudiera de mi vida á costa
quitarte la pena, calmar tu dolor,

lo haria! ¿Mas cómo hacerlo matando
en un mismo tiempo tu cuerpo y tu amor?

HABLADO.

FLOR. ¡Yo!
DANIEL. Sí, te amo con delirio,
y esta pasion que aquí siento
es mi vida y mi tormento,
y mi gloria y mi martirio.
Nada sin tu amor me agrada,
porque de cualquiera modo
para tí lo quiero todo,
y sin tí, no quiero nada.
Y tan sólo con soñar
mi pena inmensa mitigo,
y como sueño contigo
tengo miedo á despertar.
¿Callas? No calles, mujer,
habla, no tengas reparo,
dí que no me quieres, claro.
FLOR. Yo... te quisiera querer,
y si da á tu mal alivio
que yo te tienda la mano, (Se la da.)
yo te quiero como hermano...
DANIEL. ¡Cómo hermano! ¡Eso es tan tibio!
Sé que soy feo.
FLOR. No tal.
DANIEL. Y que soy tonto.
FLOR. No es eso.
DANIEL. Si que lo soy, y confieso
que es mediano mi caudal.
Mas mi corazon es grande,
y de él no te arrojaré
aunque no me ames, aunque
me lo mande quien lo mande.
¡Te quiero tanto!
FLOR. Lo creo,
y lo agradezco, Daniel;
que tu alma no tiene hiel

lo estoy tocando y lo veo.
En tu amor encontraria
horas de inmensa ventura,
ricas fuentes de ternura,
tesoros de poesía.
Que te debiera querer
me grita una voz secreta,
y estoy por mi mal sujeta
y no puedo obedecer.

DANIEL. ¿No eres libre?

FLOR. No lo soy.
¿Quieres ser mi hermano? (Dándole la mano.)

DANIEL. Sí.

FLOR. Pues bien, deposito en tí
toda mi confianza: hoy
amo á Fermin.

DANIEL. ¿A Fermin?

FLOR. Me pintó su amor sincero,
yo resistia primero,
él insistia, y al fin...

DANIEL. ¿Al fin le quisiste?

FLOR. Sí...
con toda mi voluntad;
ahora sabes la verdad.

DANIEL. ¿Por él no me amas á mi?
¿Por él me desprecias?

FLOR. No.
yo no te desprecio.

DANIEL. ¡Ah!
Mas Fermin no te amará
tanto como te amo yo,
eso de seguro.

FLOR. ¿Pues
en qué te fundas?

DANIEL. Me fundo
en que él ama mucho el mundo,
y él le ama mucho... esto es...

FLOR. Otras mujeres quizás.

DANIEL. No, yo no digo...

FLOR. Sí, sí.

DANIEL. ¿Hija, teniéndote á tí,
para qué queria más?
El caso de serte fiel
valía mucho más. ¡Oh!
¿Qué valgo, qué valgo yo
en comparacion con él?
Es un gran compositor,
y es en componer tan diestro,
que dá celos al maestro
al par que le hace honor.
El habla con mucho tino,
él obra con mucho modo,
y es muy puntual en todo
y es muy amable y muy fino;
pero á mí se me figura,
tal vez sea mi malicia,
que es su alegría ficticia
y extremada su finura.
En fin, yo tengo razon
para decir, y no miento,
que él tiene más talento,
pero ménos corazon.

FLOR. ¡Ah! No, su pasion es mucha.

DANIEL. Te lo dice...

FLOR. Me lo dice,
y mi alma le bendice
cada vez que se lo escucha.
Por él tengo nueva vida,
y si él mi sér no inundara
con su amor, yo vegetara
como una planta escondida.
Siento á su lado el placer
con que el corazon palpita,
y todo mi sér se agita
y recobro nuevo sér.
No quieren ni piden nada
mis pensamientos dormidos
cuando embriaga mis sentidos
su palabra enamorada.
De su aliento en el calor

se consume mi deseo,
y tan sólo su amor veo.
¡Es tan hermoso el amor!

DANIEL. Discrecion innecesaria,
sí, lo será habiendo *duo*;
pero él que está como buho
sólo, solo canta el aria..,
Ea, adios.

FLOR. Adios, hermano.

DANIEL. Adios. (Prefiere á Fermin
que es un tuno, un galopin...
Dios me tenga de su mano.) (Vase.)

ESCENA IV.

FLOR.

¡Pobre Daniel! Yo quisiera
quererle, pero no puedo;
á Fermin, sí, á Fermin
con toda el alma le quiero.
Está siempre noche y dia
clavado en mi pensamiento,
y por más que se halle ausente
doquiera que voy le llevo.
Pero Daniel... sus sospechas...
¡Oh! Son los celos, los celos.
¿Por qué habia de engañarme
Fermin? ¿Qué daño le he hecho?
¡Si me engañara, Dios mio!
No, no, no quiero creerlo,
el dolor me quitaría
la vida. Divinos cielos,
haced que vuelva Fermin
pronto, pronto... pasos siento.
El es, Fermin, mi Fermin. (Viéndole y vacilando.)
¡Ay! ¡Ay! De alegría muero.

ESCENA V.

FLOR, FERMIN.

FLOR. Fermin.
FERMIN. Flor, Flor ¿estás mala?
FLOR. Es la dicha, es el contento
que no me cabe en el alma,
soy feliz porque te veo,
y el exceso de ventura
me quita las fuerzas. (Vacilando.)
FERMIN. (Cielos,
y como decirla... no...)
FLOR. ¿Qué tienes? No estás risueño.
FERMIN. Sí tal (soy un miserable.)
FLOR. Hablemos, bien mio, hablemos
de nuestro amor...
FERMIN. Nuestro amor...
FLOR. ¿No me quieres?
FERMIN. Sí, te quiero.
FLOR. ¿Y por qué no me lo dices?
¿Qué tienes que estás tan serio?
FERMIN. Yo, nada, asuntos...
FLOR. ¿Asuntos?
Mal haya tu marcha al pueblo
y los asuntos que logran
ponerte de humor tan negro.
¿Qué tienes, no eres el mismo
aquél que venia lleno
de alegría, y sus palabras
llenas de su amante fuego
hasta mi alma llegaban
en donde su imágen tengo?
FERMIN. El mismo soy, ángel mio,
sino que... no sé qué siento...
estoy triste.
FLOR. Yo tambien.
Mira tu pobre pez muerto,
y su muerte, te aseguro,

me ha dado un presentimiento...
Oh, pero no, tú me quieres,
¿no es verdad? yo, ¿qué te he hecho
para dejar de quererme?

FERMIN. (¡Dios mio!... yo... yo no puedo.)

ESCENA VI.

FLOR, FERMIN, SIMON.

SIMON. Vaya, el almuerzo al instante.
Fermin, Fermin, mas ¿qué es esto?
¿Tú llorosa y triste, tú
cabizbajo? No comprendo...
no creia que al volver
fuera tu recibimiento
tan triste; yo me pensaba,
pero me engañé, y lo siento;
yo pensaba que os queriais.

FLOR. Y le quiero, sí, le quiero
(Con expansion, sin poderse contener.)
con el alma, y él á mi.

SIMON. Por supuesto, por supuesto,
¿cómo no te ha de querer,
si eres un ángel del cielo?

FLOR. Él no queria decir
nada hasta no ser maestro,
¿no es verdad?

SIMON. Y eso, ¿qué importa?
ya lo será con el tiempo;
por mi parte digo *amen*,
y os doy todo lo que tengo;
mas viviré con vosotros,
eso sí, porque no puedo
pasar sin ella; Fermin,
es mi vida, mi embeleso,
mi alma; pero, hombre, habla.

FERMIN. ¿Yo?

SIMON. ¿Si tú no estás contento
con esta boda?

FERMIN. Esta boda...
SIMON. Habrá arroz y gallo muerto,
y bailaré.
FLOR. ¿Y tocará
aquello, verdad?
SIMON. ¿Aquello?
FLOR. El suspiro de Aubert.
SIMON. Sí,
sí, tocarlo prometo
en el dia de tu boda.
Ahora dame el almuerzo.

ESCENA VII.

DANIEL, FERMIN que trae una pecera, FLOR, SIMON.

DANIEL. Aquí vengo yo.
FLOR. ¡Daniel!
DANIEL. Cargado como un...
SIMON. ¿Qué es esto?
DANIEL. Una pecera y tres peces,
porque me he dicho yo, viendo
que por la muerte de uno
hacia tal sentimiento,
teniendo tres... qué diablo...
míralos qué lindos.
FLOR. Cierto.
DANIEL. A mí el que me gusta más
es el manchado de negro.
FLOR. Déjalos sobre la mesa.
DANIEL. Sobre la mesa los dejo.
Adios, Fermin, bien venido.
FERMIN. Me alegro de hallarte: tengo
que hablarte.
SIMON. Y yo que almorzar,
¿vienes?
FERMIN. Mil gracias, me quedo
con Daniel para decirle...
SIMON. Pues entónces hasta luégo.

ESCENA VIII.

DANIEL, FERMIN.

DANIEL. Estamos ya solos, di.
FERMIN. Te voy á hablar como á hermano,
porque al fin... dame la mano.
DANIEL. ¿Para qué la mano á tí?
FERMIN. ¿Me la niegas?
DANIEL. Sí.
FERMIN. ¿Por qué?
¿Cómo y cuándo te he enojado?
¿Qué te he hecho yo?
DANIEL. Me has quitado
toda mi dicha.
FERMIN. No sé
de qué manera.
DANIEL. Yo sí.
Tú eres en eso muy ducho,
y serás muy feliz, mucho,
miéntras yo... ¡pobre de mí!
FERMIN. Escucha, Flor me ama.
DANIEL. Ya
lo sé.
FERMIN. ¿Lo sabes?
DANIEL. Por ella...
tan inocente, tan bella...
vas á ser muy feliz.
FERMIN. ¡Ah!
no puede ser, porque yo
no puedo... porque mi sino
me conduce á otro camino...
DANIEL. ¿Casándote?
FERMIN. No.
DANIEL. ¿Que no?
¿Por qué no quieres?
FERMIN. No es
que no quiero, es que no puedo,
es... tengo á decirlo miedo...

¿estamos solos?

DANIEL. Dí pues.

FERMIN. Yo me marché al pueblo, y
ojalá no me marchara,
y cual lloro no llorara
la libertad que perdí.
Mi familia, es consiguiente,
tuvo muchas alegrías,
en fin, los primeros dias
lo pasé perfectamente.
Pero me aburrí al instante,
me cansaba todo aquello;
el campo será muy bello,
mas siempre el campo...

DANIEL. Adelante.

FERMIN. Andando por el lugar
reparé en una mujer
de no muy mal parecer,
y comenzamos á hablar.
Como en aquella ocasion
yo me encontraba tan triste,
el hecho fué...

DANIEL. ¿Que la hiciste
el amor?

FERMIN. Por distraccion.
Seguia así distraido,
cuando su padre me habló
para decirme que yo
le habia comprometido.
Y su familia y la mia,
que en el instante se vieron
unánimes, propusieron
casarnos. Yo no queria,
mas mi madre se ha empeñado,
y tanto su empeño fué
y tal su ahinco... en fin, que...
me he casado.

DANIEL. ¡Te has casado!
¿Y Flor, y Flor?

FERMIN. ¡Pobre Flor!

DANIEL. ¡Desventurada mujer!
¿Qué va á decir al saber
que era mentira tu amor?

FERMIN. ¡Oh! ¿Mentira?...

DANIEL. ¡A no dudar!
¿Querias á Flor?

FERMIN. Yo sí.

DANIEL. Pues ó mentías aquí
ó mentiste en el altar.
Me alegro que no te cases,
porque así tal vez podré...
en no mediando tú, que...
yo no entiendo de esas frases.
Pero en fin, no es de envidiar
un marido como tú.

FERMIN. ¡Daniel!

DANIEL. ¡Eh! Por Belcebú,
la verdad; no sé adular.
¿Tiene Flor conocimiento?...

FERMIN. Al contrario. ¡Pobre Flor!
Dijo á su padre su amor
y él se puso muy contento.

DANIEL. ¿Y qué vas á hacer?

FERMIN. No sé;
una carta tengo aquí
en que se lo digo, y
si tú quisiéras...

DANIEL. ¿Yo, qué?

FERMIN. Dársela, yo volveria
á saber el resultado
y...

DANIEL. Venga: al fin te has casado
y ha de saberlo algun dia.

FERMIN. Pues toma. Gracias, y adios. (Le da la carta.)
En la misma calle espero

DANIEL. á que pase el aguacero.
Dios nos proteja á los dos.

ESCENA IX.

DANIEL.

¿Creerá Flor que yo he tenido
parte en esto? Porque al fin...
mas no mediando Fermin
¿me querrá á mí por marido?
¿Veré mi anhelo cumplido
teniéndola por mujer?
¿Y por qué no lo he de ver?
¡Oh, soy un cobarde, y soy!...
Aquí está ya: la doy
la carta y echo á correr.

ESCENA X.

FLOR, DANIEL.

FLOR. Daniel, ¿y Fermin?
DANIEL. Se fué.
FLOR. ¿Sin despedirse de mí?
DANIEL. Hizo bien.
FLOR. ¿Pues cómo así?
DANIEL. Hizo bien, porque... porque...
por... toma Flor. (*Le da la carta*).
FLOR. ¿Qué me das?
DANIEL. Una carta.
FLOR. ¿Tuya?
DANIEL. No.
¿Mia? Nunca, ¿acaso yo
puedo obrar así jamas?
Al fin, como yo decia...
Ahí lo verás.
FLOR. Pero...
DANIEL. Pero
ya sabes que yo te quiero,
no pienses que es cosa mia.

Si él obra así, piensa en mi
que te adoro con fé pura.

FLOR. Mas Daniel...

DANIEL. Y está segura
que yo no procedo así.

ESCENA XI.

FLOR.

¿Qué quiere decir? ¡Dios mio!
Me da la carta y se va:
alguna desdicha. ¡Ah!
Esta carta me da frio.
Veamos.—De Fermin... ¡Dios santo!
No es posible: ¡si está aquí!
¡Casado él! ¡Ay de mí!
¡Y yo que le amaba tanto!
Pero cómo... ¡desvarío!
¡Tengo de pensarlo miedo!
¡Quiero llorar y no puedo!
¡Ay! Llanto, llanto. ¡Dios mio!
¡Ay, me ahogo... ¡Esto es
la muerte... es mucho peor!...

MÚSICA.

FLOR. ¡Ay de mí, que me siento morir!
Quiero y no puedo llorar,
mi corazon va á estallar.
¡Ay de mí!
¿Y esta es la dicha
que yo soñé,
y las venturas
que imaginé,
y el hombre ingrato
á quien amé
consagra en los altares
á otra su fe?

¡Ay de mí, que me siento morir!
Más vale, primero que vivir así.
Adios, venturas mias,
adios, por siempre adios;
adios por siempre, puros
claros dias de sol.
Vosotras y vosotros
moristeis con mi amor,
haciéndome pedazos
el triste corazon.
El amor purísimo que mi vida era
y mi gloria entera, por mi mal perdí,
por él he vivido y con él me muero.
¡Ay de mí, que me siento morir!

HABLADO.

SIMON. ¡Flor! ¡Oh! ¿Qué tienes? ¡Flor, Flor!
FLOR. ¿Quién es?
SIMON. ¿Soy yo, no me ves?
Tu padre.
FLOR. ¿Mi padre?
SIMON. Sí.
FLOR. ¿Por qué la vida me has dado?
Con sino tan desdichado
¿por qué por mi mal nací?
SIMON. ¡Oh! ¿Qué estás diciendo, Flor?
FLOR. ¡Ay, me ahogo! ¡Llanto, llanto!
SIMON. ¡Dios mio!
FLOR. ¡Padezco tanto!
SIMON. Siéntate, estarás mejor. (La sienta en un sillon.)
¿Estás bien así?
FLOR. ¡Sí, sí!
¡Adios!
SIMON. ¿Dónde vas?
FLOR. Al cielo. (Delirando.)
Ya veo tendiendo el vuelo
á la madre que perdí.
Mi madre... ¿La ves, la ves,
vestida de rica gala?

¡Madre mia! Me señala
la Vírgen. ¡Qué hermosa es!
¡Vírgen pura, Vírgen pia,
cúbreme bajo tu manto!... (Llorando á gritos.)
¡Ya lloro!.. ¡Bendito llanto!
¡Bendito llanto!..

SIMON. ¡Hija mia!

ESCENA XIII.

DANIEL, SIMON, FLOR.

SIMON. ¡Dios mio, vuelve en tí, Flor!
DANIEL. ¿Qué tiene Flor?
SIMON. Que se muere.
Y Dios de este modo, quiere
darme el último dolor.
FLOR. Padre, el suspiro de Aubert.
SIMON. Para música estoy yo.
FLOR. ¡Padre, el suspiro!
SIMON. ¡No, no!
DANIEL. Si así la dais un placer...
No la contrarieis.
SIMON. ¡Señor!
¡Que no muera! ¡Que no muera!

(Toca el suspiro de Aubert. Midiendo el tiempo de la música, recita Flor.)

FLOR. Esa nota lastimera
suena en mi corazon.
DANIEL. ¡Flor!
FLOR. ¡Bendita música! ¡Ah!
Bendita sea esa nota
que dulce consuelo brota
en el alma donde va.
Esa armonía sin par
que dentro del pecho vibra,
yo la siento en cada fibra
en donde toca pasar.
El pez... La carta... Fermin.

Mi padre... apénas respiro.
¡Ay!!! (Dando el último suspiro.)

DANIEL. Dios mio, ese suspiro...
¡Flor! ¡Flor! ¡Oh! ¡Llegó á su fin!
¡Está muerta! ¡Muerta!

SIMON. ¡Oh!
Se cumplieron mis recelos.
Era Flor, flor de los cielos
y á los cielos se marchó.
Una carta... ¡A ver! ¡Traicion!
(Cogiéndola del suelo.)

DANIEL. Esa carta...

SIMON. La engañaba,
y ella la infeliz, le amaba
con todo su corazon.

ESCENA XIV.

DICHOS, FERMIN.

DANIEL. ¡El!

SIMON. Mírala inmóvil, yerta,
tu traicion has descubierto
y se ha muerto. Tú la has muerto,
miserable... ¡Muerta! ¡Muerta!

FERMIN. ¡Muerta!

DANIEL. Sí, porque te amó
como ella sola sabia;
tu alma no la comprendia,
tu ingratitud la mató.

FERMIN. ¡Oh! Si mi vida bastara,
bien sabe Dios que la diera
porque ella resucitara.

DANIEL. Otra vez de la cancion
que su corazon queria
resuene la melodía
en su muerto corazon.
(Toca el final del suspiro de Aubert; miéntras dura la música dice la redondilla final.)

FERMIN. Angel puro de mi amor,

tú que ves mi desconsuelo,
perdóname desde el cielo.

SIMON. Vuélvete á tu cielo, Flor.

MÚSICA.

(Una muy corta melodía de violoncelo tiernísima que pueda titularse «El Suspiro.» Daniel tocando el suspiro, Simon junto al cadáver de Flor, Fermin de rodillas. Cuadro.)

NOTA IMPORTANTE.

Esta balada se puede hacer como drama, sin más que suprimir *de raíz* los cantables.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

COMEDIAS.

Mi Mamá.
Marica-Enreda. . . . . } (Con D. Juan Dot.)
Las Ferias de Madrid. }
Cómo se rompen palabras. (Con D. Cayetano Suricalday.)
La boda de Quevedo.
¡En crísis!
Un Huésped del otro mundo.
Con el Diablo á cuchilladas.
El alma del rey García.
Sin prueba plena.
Un Hombre importante.
Don Tomás.
El reló de San Plácido.
La calle de la Montera.
El querer y el rascar...
Los Infieles. (Con D. Luis Mariano de Larra.)
El Amor y la Gaceta.
El todo por el todo.
A la puerta del cuartel.
El bien tardío. (Segunda parte de el Loco de la guardilla.)
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas. (*Refundicion.*)
La Oveja descarriada.
Las dos Hermanas.
Todos al baile.
Dos Napoleones.
Perdonar nos manda Dios.

ZARZUELAS.

Zampa. . . . . . } (Con D. Miguel Pastorfido.)
Harry, el Diablo. }
El último mono...
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Don Genaro.
La edad en la boca.
Una historia en un meson.
El Loco de la guardilla.
Luz y sombra.
Entre bastidores.
Flor de los Cielos.
El gran dia.